

A.M.<sup>a</sup> MOURE CASAS (coord.), *Plinio el Viejo. Historia Natural, libros XII-XVI*. Traducción y notas de F. Manzanero Cano (libro XII), I. García Arribas (XIII), M.<sup>a</sup> L. Arribas Hernáez (XIV), A.M.<sup>a</sup> Moure Casas (XV), J.L. Sancho Bermejo (XVI). Revisión de L.A. Hernández Miguel. BCG 338, Madrid: Editorial Gredos, 2010, pp. 481, ISBN 978-84-249-1525-4<sup>1</sup>.

#### SIGLAS Y ABREVIATURAS

Mss.

M = St Paul in Kärnten 25.2.36/XXV.a.3 = *codex Moneus*, s. V [cont. l. 11-15]

D = *Vat. Lat. 3861* = D<sup>1</sup> (*manus prima*), D<sup>2</sup> (*antiquus corrector*), s. VIII/IX  
[D + G + V = 2.187-36.97]

E = *Paris B.N. Lat. 6795* = *Parisinus Latinus 6795*, s. IX<sup>2</sup> [Praef.-32.135]

F = *Leiden Lipsius 7* = *Leidensis Lipsii 7*, s. IX<sup>1</sup> [1.11.77-37]

T = *Madrid Nac. 10042* = *Toledo 47.14* = *Toletanus 47-14, nunc Matritensis, Bibl. Nac. 10042*, s. XIII/XIV [Praef.-36]

d = *Paris B.N. Lat. 6797* = *Parisinus Latinus 6797*, s. XII<sup>2</sup> [Praef.-36 + suppl. 37]

#### Opera

- Amigues, *Théophraste* (Budé) = S. Amigues, *Théophraste. Recherches sur les plantes*, Paris ; t. I = livres I-II (1988), t. II = livres III-IV (1989), t. III = livres V-VI (1993), t. IV = livres VII y VIII (2003) y t. V = livre IX (2006).
- Amigues, *Théophraste. Aux origines* = S. Amigues, *Théophraste. Recherches sur les plantes. Aux origines de la botanique*, Paris 2010.
- André, *Lexique* = J. André, *Lexique des termes de botanique en latin*, Paris 1956.
- André, *Les noms de plantes* = J. André, *Les noms de plantes dans la Rome antique*, Paris 1985.
- André, *Pline* = J. André, *Pline l'Ancien. Histoire naturelle*, Paris ; livre XIV (1958), livre XV (1960), livre XVI (1962).
- Arcangeli = F. Arcangeli, *Flora italiana*, Torino 1882.
- *DAGR* = Ch. Daremberg & E. Saglio, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*.
- *DPN* = W. von Erhardt &...., *Dictionary of Plant Names*, Portland-London 2009.

<sup>1</sup> Esta recensión se enmarca en el proyecto de investigación *Poetae Latini Minores II* (FFI2008-01759/FILO). Agradezco a Ángel Escobar sus juiciosas observaciones a una primera versión de estas páginas.

- *DRAE* = *Diccionario de la Real Academia Española*, Madrid 2001 (22<sup>a</sup> ed.).
- *DUE* = M. Moliner, *Diccionario de uso del español*, Madrid 1977.
- Ernout, *Pline* = A. Ernout, *Pline l'Ancien. Histoire naturelle*, Paris; livre XII (1949), livre XIII (1956).
- *Flora Iberica* = <http://www.floraiberica.es>. Base de datos del Real Jardín Botánico (Madrid), consultada en julio y agosto de 2012.
- Font Quer = P. Font Quer, *Plantas medicinales. El Dioscórides renovado*, Barcelona 1973.
- Mayhoff = L. Jan & C. Mayhoff, *C. Plini Secundi Naturalis Historia libri XXXVII*, Lipsiae; vol. II = *libri VII-XV* (1909), vol. III = *libri XVI-XXII* (1892).
- *OLD* = *Oxford Latin Dictionary* (second edition: 2012).
- Serbat = G. Serbat, “Introducción General” (trad. J.L. Moralejo), en Plinio el Viejo, *Historia Natural. Libros I-II*, Madrid 1995, 7-199.
- *ThLL* = *Thesaurus Linguae Latinae*.

La empresa de traducir a Plinio al español, heredera del ya lejano empeño de Francisco Hernández y Gerónimo de Huerta<sup>2</sup>, empezó a tomar cuerpo en la Biblioteca Clásica Gredos a partir de 1995. Ese año aparecía el primer volumen de la *Historia Natural*, con los libros I y II precedidos por una “Introducción general” a cargo de Guy Serbat. Un equipo de colaboradores iba a verter los muy variados contenidos de la obra, por lo que se hacía necesaria una labor de coordinación que fue asumida por Ana María Moure.

Voy a ocuparme del último volumen aparecido hasta el momento, el dedicado a los libros XII a XVI, con los que Plinio comienza la exposición del reino vegetal, la parte más extensa de su obra<sup>3</sup>. Mi objetivo es ofrecer una idea de las dificultades del texto, y de cómo las han afrontado los traductores, mediante la exposición y comentario de diferentes lugares. Procuraré que los ejemplos seleccionados sean significativos y guarden cierta proporción entre los libros, pero advierta el lector que muchos datos y observaciones habrán de quedarse en el tintero, sin otra justificación que la imposibilidad de tratarlo todo. La recensión está estructurada del modo siguiente. Primero voy a referirme al texto de la *NH* (parte I), luego a los problemas específicos que plantea al traductor (parte II) y, finalmente, a aspectos complementarios como las

<sup>2</sup> Sobre la fortuna de Plinio, en especial en tierras hispanas, léase la excelente síntesis de A. M<sup>a</sup> Moure Casas, “Plinio el Viejo”, en F. Lafarga & L. Pegenaute (edd.), *Diccionario histórico de la traducción en España*, Madrid 2009, 906-910; o bien, de la misma autora, “Plinio en España: panorama general”, *RELat* 8, 2008, 203-237.

<sup>3</sup> Se da en ella un emparejamiento de los libros: XII y XIII tratan de los árboles más o menos exóticos; XIV y XV, de los frutales, incluida la vid; XVI y XVII, de los árboles silvestres; XVIII y XIX, del cultivo de campos y huertos. Esta sección central de la *NH* se sitúa entre la zoología de la sección anterior (VIII-XI) y la botánica medicinal de la siguiente (XX-XXXVII).

notas (III) y la bibliografía (IV). Esta secuencia es válida como guión, sin más, pues no es posible concebir cada apartado como compartimento estanco. Así, a menudo no es posible separar las opciones de crítica textual y las de traducción, del mismo modo que una nota puede resultar imprescindible para entender y valorar ésta.

Si se me permite la obviedad, recordaré que el traductor no sólo debe entender a Plinio, sino también trasladarlo a nuestra lengua de casi veinte siglos después. Importa conocer la Antigüedad romana, pero también la realidad de que se habla. ¿Cómo traducir, por ejemplo, la viticultura del libro XIV? Desde el conocimiento de unas técnicas cambiantes según tiempo y lugar. Además de saber latín, el traductor deberá estar familiarizado con el cultivo de la viña. Añádase el método peculiar de nuestro autor, en cuya obra se suman o se mezclan cosas reales, por él vistas y sabidas, con otras simplemente leídas, que toma prestadas –a menudo con escaso espíritu crítico– de otros autores. Leer a Plinio es, en buena medida, seguir el hilo de sus fuentes (en los libros XII a XVI hay una fundamental: Teofrasto). Es importante tener siempre presente esta duplicidad, que nos acerca a un rasgo esencial del escritor. Junto al hecho cierto o la constatación razonable hallaremos el error o el descuido, y una marcada preferencia por la anécdota y los *mirabilia*. Será tarea nuestra deslindar lo sólido y veraz de lo averiado por exceso de fantasía o falta de rigor. De lo dicho, y de su peculiar estilo<sup>4</sup>, se deduce la especial dificultad del texto de Plinio. Durante siglos, desde Barbaro o Leoniceno<sup>5</sup> hasta hoy mismo, ha ido reuniéndose un cúmulo enorme de anotaciones y comentarios sobre la *NH*. Su papel no está libre de cierta ambigüedad: si bien esa erudición filológica contiene muchos datos valiosos, no es menos cierto que a veces ha podido actuar como lastre, entorpeciendo nuestra comprensión del texto<sup>6</sup>.

## I EL TEXTO DE LA *NH*

De acuerdo con la nota que abre el volumen, los traductores han tenido como edición de base, en éste como en los anteriores, la teubneriana de Jan y Mayhoff, en concreto su volumen II (1909) para los libros XII-XV y el III (1892) para el XVI. Han cotejado además otras ediciones, en particular las de las colecciones Budé (libros XII y XIII preparados por Ernout; XIV, XV y XVI, por André) y *Tusculum* (Winkler y König), adoptando el texto de partida de manera consciente. Así, cuando el establecido por Mayhoff resulta discutible, pueden dar fe de esa circunstancia e indicar otra opción,

<sup>4</sup> Sobre lengua y estilo de Plinio, véase Serbat, 137-156.

<sup>5</sup> Acerca del valor de la obra de Plinio, entre ciencia y filología, cf. V. Fera, “Un laboratorio filologico di fine Quattrocento: la *Naturalis historia*”, in O. Pecere & M.D. Reeve (edd.), *Formative Stages of Classical Traditions*, Spoleto 1995, 435-466.

<sup>6</sup> Así ha sido en lo que respecta a la descripción e identificación de las especies, muy vacilante e insegura, sobre todo antes de Matthioli y sus *Commentarii in Dioscoridem* (1554). Cf. André, *Les noms de plantes*, VII-XI.

aunque al final lo mantengan<sup>7</sup>, o bien pueden seguir la propuesta de otros editores<sup>8</sup>. Pueden también, claro está, proponer su propia lectura, como en 12.70 (<Ma>*dianitis*), 12.107 (*praestanti*<*ore od*>*ore*) o 16.71 (*aspera* en vez de *aprica*), enmiendas todas razonables. Lo normal es que, aun dentro de los límites de una nota, la elección procure justificarse, si bien no siempre la opción elegida o la razón alegada resultan igual de convincentes. Descartada aquí una valoración pormenorizada de cada una de ellas, me contentaré con un conjunto de observaciones sobre el texto de la *NH*, al hilo de la lectura de traducción y notas.

Empezaré comentando unos cuantos lugares donde el texto es corrupto o dudoso: la solución o explicación propuesta, cuando la hay, tiene a menudo base paleográfica, aunque tampoco es raro que concurren otras causas. Me referiré después a ciertas características de la obra de Plinio (errores habituales, defectos de método) que deben tenerse muy en cuenta cuando se trata de editarla, o de traducirla. No estamos reseñando una edición crítica<sup>9</sup>, pero a nadie se le escapa la importancia de conocer a fondo el original del que partimos. La misma extensión de la obra, su naturaleza y, en especial, la manera de proceder de Plinio, más los avatares de la transmisión, están en el origen de los múltiples y graves problemas que plantea el texto de la *NH*. Quienes se han ocupado de estos temas no han dejado de mostrar sus reservas sobre el método seguido por los editores en la *recensio* de la *NH*, ciertamente compleja. Véanse las páginas 47-58 de la citada Introducción de Serbat, o el panorama trazado por L.D. Reynolds<sup>10</sup>. Por fortuna, en los últimos años algunos estudiosos han contribuido de forma sustancial a sentar las bases para mejorar el texto mediante un conocimiento sólido de la tradición manuscrita. Pienso en particular en H. Walter, con varios artículos en *Studi Umanistici Piceni*, y en las importantes aportaciones de M.D. Reeve<sup>11</sup>.

<sup>7</sup> Es lo que sucede en 12.98: *Daphnidis*, 13.60: *perseam* / *persicam*, 13.65: *fuit*, 13.114: *embolinen*, 13.120: *Graecis*, 14.13: *arcus* / *artus*, 14.71: *Laeetana*, 14.88: *Postumia*, 15.6: *drypetidas*, 15.30: *cnidinum*, 15.36: *ravicelos*, 15.55: *Numantina*, 15.77: *sacra...quae*, 15.102, 16.1: *didicimus* / *dedimus*, 16.25, 16.29, 16.53, 16.68, 16.80, 16.140: *pinorum* / *pomorum*, 16.233, 16.238, 16.243: *adgnascitur*.

<sup>8</sup> Así en 12.1 (*aut inde eruta*), 12.48 (*mittere*), 13.28 (*fruticem*), 13.137 (*interius* / *inferius*), 13.140 (*in Indos* / *ex Indo*), 14.9 (*panthera* / *patera*), 14.16 (*fumus adfert fabrilis, in iisque*: André), 14.37 (*hirtiola* / *itriola*), 14.46, 14.59 (*non norit*: Rackham), 14.95 (*aminneum*), 14.119 (*calcata*), 14.125 (*quae ex*: André), 14.132 (*circulisque cingunt*), 14.137, 15.80 (*genialisque*: André), 15.114 (*ut genere cucidis quam in Aegypto diximus*: André), 15.127, 16.70 (*lenis quies materiae, silentio quodam*: André), 16.78 (*hae*: André), 16.88 (*interiores*: André), 16.119 y 206 (*opulus*: André), 16.181 (*cortici*), 16.193 (*carpino*: André), 16.206.

<sup>9</sup> Las Normas para los colaboradores de la Biblioteca Clásica Gredos establecen las directrices que deben seguirse en lo que al texto se refiere, y a ellas se han atenido los traductores.

<sup>10</sup> "Pliny the Elder", in L.D. Reynolds ed., *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford 1986, 307-316.

<sup>11</sup> A Reeve debemos "Manuscripts of Pliny's *Natural History* in Spain", *ExClass* 10, 2006, 151-186, y "The editing of Pliny's *Natural History*", *RHT* N.S. 2, 2007, 107-179. De Walter

# **I 1 Algunos loci critici<sup>12</sup>**

**14.9** *Iouis simulacrum in urbe Populonio ex una [sc. uite] conspici-mus tot aeuis incorruptum, item Massiliae **pateram** / **pantheram**.*

Manuscritos y filólogos están divididos entre *pateram* (Mayhoff, Winkler) y *pantheram* (André). La gran autoridad de M (s. V, uncial) avala la segunda opción, que es la seguida por la traductora. Creo que valdría la pena considerar una tercera hipótesis: **parem Heram**<sup>13</sup>, cuya transformación en *pantheram* de M pudo producirse a través de la copia en mayúscula o uncial. Se entiende que se trata de una imagen similar a la nombrada de Júpiter, hecha de una sola cepa, reforzando el adjetivo la noción expresada por *item*.

**14.13** Mayhoff (1909) ... [13] *eaedem modici hominis altitudine adminiculatae sudibus horrent, vineamque faciunt **aliae inprobo reptatu pampinorumque per inania omnia** discursu atria media complen-tes.*

André (1958) ... [13] *Eaedem modici hominis altitudine adminiculatae sudibus horrent, vineamque faciunt **et aliae inprobo reptatu pampinorumque ꝑperitiam damnaꝑ** discursu atria media complen-tes.*

Arribas Hernández acepta la restitución de Mayhoff (*per inania omnia*), y traduce así: “Estas mismas vides [las cultivadas] se elevan apoyadas en unas estacas a la altura de un hombre mediano y otras forman un emparrado llenando la parte central de los atrios con su audaz trepa y con el recorrido de los pámpanos a través de todos los espacios vacíos”<sup>14</sup>.

Plinio está tratando de las formas diversas de disponer las cepas o parras. Tras referirse en el § 12 al llamado *rumpotinus*, método propio del norte de Italia (véase luego el apartado II 1), el § 13 empieza nombrando las *uites adminiculatae*, es decir, las que se apoyan en un puntal o estaca (*adminiculum*). El tono es vehemente: las parras del *rumpotinus* se han descrito mediante vivas imágenes (una gruesa culebra, la palma de la mano prolongada en sus dedos, sarmientos como látigos) que ahora continúan con la visión de hileras de cepas que “se erizan/yerguen en/con sus estacas”<sup>15</sup>. Vienen luego

---

mencionaré “La tradizione manoscritta della Storia Naturale di Plinio il Vecchio in età umanistica: il caso del codex Chiffletianus”, *StudUmanistPiceni* 16, 1996, 175-197.

<sup>12</sup> Si no se indica otra cosa, el texto ofrecido es el de Mayhoff.

<sup>13</sup> Cf. Sol. 2.10: ...*Heretum a Graecis in honorem Herae (sic enim Iunonem Graeci uocant).*

<sup>14</sup> El comentario de este pasaje se completa con el dedicado más abajo, en la sección II 1 (“La comprensión del texto”), a 14.12. Los §§ 12-13 constituyen una muestra de la *NH* que ilustra la ‘variedad’ estilística de la obra (cf. Serbat, 146); y es que, si la prosa de Plinio suele tacharse de ruda y braquilógica (desaliño que se confirma en muchos lugares), lo que aquí leemos está escrito con marcada voluntad de estilo. Se diría que nuestro autor, todavía en los primeros párrafos de la viticultura –es al iniciar un libro donde con frecuencia exhibe una mayor ambición retórica–, quiere ganarse al lector con lo que alguien llamaría *un morceau de bravoure*.

<sup>15</sup> No hace falta destacar la pregnancia de *horreo*. Nótese además en esta frase el final de

otras que “forman un mantelete” (*uineam faciunt*)<sup>16</sup>. Como explica André, *ad loc.*, este tipo de cultivo sería la *uitis compluviata*, así llamada por remedar su traza la abertura del atrio, subiendo las parras por sendos puntales afianzados en los ángulos (los rincones del atrio), y cruzándose arriba<sup>17</sup>. En la frase siguiente topamos con un *locus corruptus necdum sanatus* (André): ***†peritiam damna†***. La conjetura de Mayhoff procura conciliar paleografía y sentido, pero no acaba de convencer<sup>18</sup>.

Plinio dice que esas parras forman arriba un dosel o mantelete; es decir, que el supuesto *compluvium* queda colmado por el follaje abundante de los pámpanos. El primer complemento en ablativo, *improbo reptatu*, es una juntura ciertamente inusual, que lleva la impronta del autor y de su época, pues el adjetivo *improbis*, referido a cosas y en la acepción de ‘enorme’, ‘excesivo’, sólo es corriente en latín postclásico, a pesar de la conocida cita virgiliana<sup>19</sup>, mientras que el sustantivo *reptatus* sería un hápax<sup>20</sup>. Nótese que el lexema *rep-t-*, esto es, ‘reptar’, ‘arrastrarse’, insiste en la imagen de la serpiente: los sarmientos se arrastran, proliferando de forma increíble (*improbo reptatu*)<sup>21</sup>. Entendemos que *discursu*, el otro complemento instrumental de *complentes*, está unido a *improbo reptatu* a través de *pampinorumque*. ¿Cómo sanar lo viciado? En la estela de los intentos de Mayhoff y André, propongo leer ***per alta pedamina***<sup>22</sup>. He aquí la traducción: “Hay también otras (vides) que forman un mantelete, cubriendo el centro de los atrios con su reptar asombroso y el extenderse de los pámpanos por lo alto de los rodri-gones”.

**15.47** (...) *aeque peregrina sunt zizipha et tubures, quae et ipsa non pridem venere in Italiam, haec ex Africa, illa ex Syria. Sex. Papinius, quem consulem vidimus, primus utraque attulit Divi Augusti novissimis temporibus in castris sata, bacis similia quam malis, sed ag-*

hexámetro (*sūdībūs hōrrent*), así como la siguiente cláusula: ...*mēdīā cōmplētēs*.

<sup>16</sup> Hay que entender *uinea* aquí con significado traslaticio, en la acepción militar de “cubierta a cuyo resguardo se ataca una fortaleza”, pues traducirlo simplemente por ‘parra’ sería banal. Cf. en este mismo libro, *infra* (§ 19): ...*uineae oppugnationum dedere rationem*.

<sup>17</sup> Sobre las formas de viticultura, véase K.D. White, *Roman Farming*, Ithaca N.Y. 1970, 231-236, para quien la *compluviata* tendría una parra en el centro del ‘atrio’, no cuatro en los ángulos.

<sup>18</sup> Otras refecciones (en particular, las de las primeras ediciones) son menos respetuosas con lo transmitido por los manuscritos. André se limita a proponer *per perticam amplo* en el aparato, recurriendo en el texto a las *cruces*.

<sup>19</sup> Verg. *georg.* 1.146. Cf. *ThLL* VII.1, 693, 54-69.

<sup>20</sup> Acorde con la querencia de nuestro autor por los abstractos en *-tus*. Quintiliano se servirá de *reptatio*, asimismo inusual, en *inst.* 1.12.10.

<sup>21</sup> La acción de *reptatus* también puede entenderse, como hace André, en el sentido de ‘trepar’ (reptando), aunque creo que Plinio se refiere más bien al desarrollo, arriba, de los sarmientos.

<sup>22</sup> El adjetivo *alta* tiene valor predicativo, igual que *media* en *atria media*. Cabría leer asimismo, de modo más ‘poético’, *per aeria pedamina*. Mart. 12.31 *-textilis umbra supini palmitis-* describe algo similar, aun con diferente expresión.

*geribus praecipue decora, quoniam et in tecta iam silvae scandunt. tuburum duo genera: candidum et a colore s<y>ricum dictum.*

“... Son igualmente extranjeras las azufaifas y las acerolas, que también hace poco que llegaron a Italia, éstas desde África y aquéllas desde Siria. Sexto Papinio, al que he conocido de cónsul, fue el primero que trajo ambas en los últimos días del Divino Augusto y las sembró en el campamento, resultando más parecidas a bayas que a manzanas, pero muy decorativas en las terrazas, porque ahora el bosque llega a nuestros tejados. De acerolas hay dos clases: la blanca y la denominada siria por su color.”

Tal es el texto de Mayhoff, reproducido por André sin cambio alguno, y la traducción de Moure. Hay en él al menos tres puntos difíciles, que he señalado en negrita. El primero me parece el de más fácil solución: creo que debemos restituir in *ca<ni>stris sata*. Reparada esa pequeña omisión del copista, la frase tiene pleno sentido: Sexto Papinio llevó a Roma azufaifos y acerolos “plantados en cestos”. Pasemos a la segunda dificultad: *aggeribus*, lección de M y de D<sup>2</sup>, frente a *ageribus* de D<sup>1</sup> y F, *generibus* de E. Mi propuesta para subsanar la corruptela sería *accessibus*, recomendable por la similitud gráfica de CC y GG. Plinio viene a decir: “Azufaifas y acerolas parecen [por su pequeñez] bayas más que manzanas; eso sí, adornan muchísimo **la entrada de las casas**, visto que ahora los bosques se encaraman hasta los tejados.” Entiendo la observación final de Plinio en el sentido apuntado por André en su comentario, con un regusto moralizante muy presente en nuestro autor y de ilustre abolengo en las letras romanas (entiéndase: “a pesar de ser árboles frutales, se destinan al mero ornato, desdiciendo su naturaleza, igual que hacemos subir el bosque a los tejados”). Por último, en el caso de *syricum*, restituido por Dalecamp<sup>23</sup> y Hardouin<sup>24</sup> a partir del § 51 (*mala...colore syrica*), es posible, como advierte André (*ad loc.*), que la lección *sericum* de los manuscritos implique una confusión entre el griego σηρικόν (‘azufaifo’) y *syricum*, ‘sirio’, voz esta última que designaba además cierto colorante rojo con que se adulteraba el minio<sup>25</sup>, aunque ya Columela (5.10.19) hablaba de peras y manzanas *Syri(c)a*. Lo que no parece tan claro es que el término griego para azufaifo (σηρικόν) deba explicarse, como hace André (ibíd.), a partir del adjetivo σηρικός en su acepción de ‘sedoso’. Bien pudo formarse sobre οἱ Σῆρες, ‘los chinos’, de forma semejante a *Persicum* (< *Persae* o *Persis*), etc.<sup>26</sup>

<sup>23</sup> En su edición lugdunense de 1587.

<sup>24</sup> En su edición parisina de 1685.

<sup>25</sup> Cf. *OLD*, s.v. *Syricum*, donde se remite a Plin. 33.120. Es de suponer que en tal confusión pudo intervenir la tendencia al itacismo.

<sup>26</sup> Como el mismo André comenta (*ad* § 47), “le jujubier commun [*Zizyphus vulgaris* Lmk. = *Zizyphus jujuba* Mill.] croît spontanément de la Perse au Japon [con China en medio] et a été introduit de là en Asie occidentale”, por lo que esos pueblos de Asia occidental, incluidos los que hablaban griego, pudieron muy bien designar el fruto en razón de su origen.

**15.52** *celerrime in rugas marcescunt pannucea. **stolide** tument pulmonea.*

“Las [manzanas] que se secan con más rapidez formando arrugas son las *panúceas*. Las ‘pulmonares’ están llenas de aire.”

La traducción de Moure no se compromete con el texto ofrecido por Mayhoff (y André), seguramente por sentir lo impropio del adverbio *stolide* referido a una fruta. En nota, recoge la conjetura de otros editores: ***solide tument***. Mi impresión es que hay que leer la frase en contraposición con la anterior y reconstruir el texto recuperando la secuencia de letras comprimida en la parádosis, de este modo: *celerrime in rugas marcescunt pannucea, **set solide tument pulmonea*** = “las ‘pañosas’ se alacian y arrugan con toda rapidez; en cambio, las ‘de bofe’ se mantienen hinchadas”. Me veo incapaz de trasladar el paralelo, con homoioteleuton, ...*pannucea* – ...*pulmonea*.

**16.70** Mayhoff (1892) *In primis vero materies honorata buxo est raro crispanti nec nisi radice, de cetero....**levisque est materiae, set lentore** quodam et duritie ac pallore commendabilis, ipsa vero arbor et topiario opere.*

André (1962) *In primis vero materies honorata buxo est raro crispanti nec nisi radice; de cetero **lenis quies materiae, silentio** quodam et duritie ac pallore commendabilis, ipsa vero arbor et topiario opere.*

*Locus quasi insanabilis*. Aunque la parádosis trae *lenis*, cuadraría *lēuis* (Mayhoff), referido como está a la calidad de la madera, es decir, lisa y pulida, sin nudos ni fibras. A partir de ahí, los manuscritos dan diversas variantes, todas insatisfactorias. La traducción de Sancho Bermejo dice: “Pero sobre todo es estimada la madera del boj, que rara vez presenta vetas y solamente en la raíz; por lo demás hay **un dulce sosiego en su madera**, recomendable por un cierto **silencio**, por su dureza y su color pálido, mientras que el árbol mismo lo es en la jardinería decorativa.” En nota, el traductor señala la dificultad del texto y explica su preferencia por la restitución de André, frente a la de Mayhoff. Pero la dificultad subsiste, como el propio André reconoce en su comentario: «...le sens donné à *silentio* est sans autre exemple, et le texte n’est pas sûr». Un intento de reconstrucción sería: ...*de cetero **leuis †quies† materiae, silicis** quodam et duritie ac pallore commendabilis* = “...por lo demás, de madera lisa..., recuerda al pedernal, siendo recomendable por su dureza y palidez”.

**16.115** *M. Varro auctor est vitem fuisse Zmyrnae apud **Matroon** triferam et malum in agro Consentino. hoc autem evenit perpetuo in **Venesi** Africae agro, de quo plura alias.*

El texto copiado es el de Mayhoff. André se limita a sustituir el topónimo *in Venesi Africae agro* por *in Venefensi Africae agro*. Nuestro traductor, en cambio, introduce dos variantes sustanciales. La primera consiste en leer *Zmyrnae apud mare* en lugar de *Zmyrnae apud Matroon*, de acuerdo con Varr. rust. 1.7.6: ...*multa sunt bifera, ut uitis apud mare Zmyr-*

*nae, malus in agro Consentino*. Al hacerlo, procede igual que Caesarius en su edición de Colonia 1524, pero el testimonio de los códices apunta claramente en la otra dirección. Según el aparato de Mayhoff, tenemos: *matream* en el *Toletanus* (T); *matrean* en D<sup>2</sup>, G y en d; *matrem an*, en otros mss. Que la cita no es exacta lo confirma otra variación: *bifera* en Varrón frente a *triferam* en Plinio (enmendado también por Caesarius). Igual que André y Mayhoff, creo que hay que leer aquí **Matroon** = Μητροῶν (sc. ἱερὸν), esto es, el templo de la Gran Madre, Cibeles<sup>27</sup>.

La segunda variación afecta al lugar de África donde, según Plinio, es normal cosechar tres veces. Mientras los manuscritos dan *Venesi*, lección mantenida por Mayhoff, André prefiere la enmienda *Venefensi*, remitiendo a un artículo suyo<sup>28</sup>. Paleográficamente, *Vene<fen>si* sería plausible. La opción restante<sup>29</sup>, *Tacapensi*, adoptada por Sancho Bermejo, es la de Ermolao Barbaro, quien la propone en sus *Castigationes Plinianae* basándose en 18.188. En ese pasaje, Plinio refiere la prodigiosa fecundidad de los cultivos de Tácape<sup>30</sup>, en la provincia de África, y ciertamente la alusión anterior de nuestro autor parece hecha para este lugar del libro XVIII. ¿La rareza del topónimo, sin más, puede explicar la gran diferencia entre *Vene<fen>si* y *Tacapensi*?

**16.140** ...*diu metae demum aspectu non repudiata* (sc. *cupressus*) *distinguendis tantum pinorum ordinibus, nunc vero tonsilis facta in densitatem parietum coercitaque gracilitate perpetuo teres trahitur etiam in picturas operis topiarii...*

“...Durante largo tiempo, debido precisamente a su forma cónica, (el ciprés) no ha sido rechazado, solamente para separar las hileras de los pinos, pero ahora, al ser podado, se ha convertido en gruesas paredes y, refrenado por su delgadez, se alarga siempre **redondeadamente**, incluso en forma de cuadros propios de la jardinería decorativa...”

Texto de Mayhoff y versión de Sancho Bermejo, quien anota dos variantes de lectura correspondientes a las palabras en negrita. Se trata, en primer lugar, de leer *pomorum*, como defiende con buenas razones André (com. *ad loc.*), donde la parádosis trae *pinorum*. El paso de Varrón (1.15) alegado por Mayhoff a favor de esta última habla de cerrar el terreno con árboles (incluidos los propios pinos) a guisa de valla natural, y no de “separar hileras de pinos” (cosa un tanto extraña, dicho sea de paso). La conjetura del Pinciano<sup>31</sup>, *ui-*

<sup>27</sup> En todo caso, quizá hubiera que revisar el texto de Varrón (*rust.* 1.7.6). García Arribas anota un problema similar en 13.21 (donde Plinio cita a Cic. *de or.* 3.99): mientras la *NH*, tanto ahí como en 17.38, en una cita semejante, dan la lección *terram*, los códices de Cicerón traen *ceram*.

<sup>28</sup> J. André, «Notes critiques sur le texte de Plinie l'Ancien (livres 15-17)» *RPh* 35, 1961, 48-66.

<sup>29</sup> Dejo de lado la lección vulgata de las primeras ediciones, *Frauennesi*, según el aparato de Mayhoff.

<sup>30</sup> Hoy Gabes, en Túnez.

<sup>31</sup> H. Núñez de Toledo y) Guzmán, (el) Pinciano, *Observationes Fredenandi Pintiani in*

*nearum*, a partir de Varr. *rust.* 1.26, no me parece desdeñable, a pesar de la mayor distancia gráfica y del juicio negativo de Jan y Mayhoff en el aparato.

La segunda tiene que ver con *teres*, refección a partir de *tere* (enmienda de Salmasio<sup>32</sup>), aceptada por Mayhoff y por nuestro traductor. Los códigos dan *tera* (D<sup>1</sup>), *terra* (D<sup>2</sup>), *tunera* (T) y la opción elegida por André, *tenera* (E), que es también la vulgata humanística. Ambas son paleográficamente aceptables. En cuanto al sentido, tanto un adjetivo (*teres*) como otro (*tenera*) se refieren a *cupressus*. Mis preferencias van hacia el segundo.

**16.142** ...*quod miremur, alibi non nisi in tepore proveniens et nutriticem magno opere fastidiens.*

Plinio está hablando de la abundancia del ciprés en Creta. El párrafo acaba con el fragmento reproducido; inmediatamente antes se ha dicho que en las altas montañas de la isla no falta dicho árbol, y añade (versión de Sancho Bermejo): "..., lo cual debe sorprendernos, pues no crece en otro lugar sino en un clima templado<sup>33</sup> y desdeña en gran manera **el terreno que le alimenta.**"

No veo sentido en la última frase, por lo que propongo enmendar el texto leyendo *uverticem* en lugar de *nutricem*. Factible desde el punto de vista paleográfico, la conjetura cuadra bien con lo que acaba de decirse: "...y es maravilla [la abundancia de cipreses en la alta montaña de Creta], siendo así que en otros sitios no prospera sino con clima suave, mostrando gran aversión **a las cumbres**"<sup>34</sup>.

## I 2 Errores y defectos de método en la *NH*

El editor o traductor de Plinio debe contar con que la obra que tiene entre las manos nació muy distante de la perfección; por tanto, no pretenderá repararla en exceso, justificando o eliminando los fallos del propio autor<sup>35</sup>. Así, en la *NH* no son raros los errores debidos a la incapacidad o dejadez de Plinio, o de sus ayudantes, para entender bien su fuente. En ocasiones, es posible que el ejemplar manejado contenga ya corruptelas, o que la información se transmita oralmente de forma poco segura, por lo que la responsabilidad del fallo no sería solo suya<sup>36</sup>. Hay defectos, en fin, que pueden parecer disculpables

*loca obscura et depravata Historiae Naturalis C. Plinii*, Salamanca, 1544-1545.

<sup>32</sup> *Salmasii Plinianae exercitationes in Solini polyhistora*, Parisiis 1629. Exerc. 122<sup>a</sup>.

<sup>33</sup> Entiéndase: "en otros lugares (*alibi* = fuera de Creta), el ciprés sólo prospera en clima suave".

<sup>34</sup> Entiéndase que mis propuestas de refección textual se dan como propias siempre con la cautela de "hasta donde llega mi conocimiento de las variantes manuscritas y de propuestas anteriores de los filólogos".

<sup>35</sup> Se traicionaría así a Plinio al privarle de sus errores, como bien dice J. André en su Introducción al libro XVI, p. 10. Sobre los errores de Plinio, véase Serbat, 180-181, así como André, *Pline*, livre XVI, 7-11.

<sup>36</sup> Cf. V. Naas, *Le projet encyclopédique de Pline l'Ancien*, Paris 2002, y en particular, de la misma autora, «Réflexions sur la méthode de travail de Pline l'Ancien», *RPh* 70, 1996, 305-332.

o explicarse mejor. Muchas de esas equivocaciones, a veces muy evidentes, han sido señaladas por los filólogos desde antiguo y, como corresponde, los traductores de Gredos suelen dar cuenta de ellas en las notas. Veamos algunas.

Un error típico, causado normalmente por la paronomasia, es el que se produce al trasladar al latín nombres griegos de plantas o vocabulario botánico en general. Así, en 12.15 y en 16.145, Plinio lee y traduce ‘hiedra’ (κισσός) cuando se está hablando de ‘jara’ (κίσθος), y ello a pesar de que el sentido del pasaje es evidente. Confusiones no menos chocantes se dan en 12.134 y 135: entre palmera y abeto, entre ‘cínamo’ y ‘cómaco’. Más equivocaciones en 13.67 (Plinio vierte κορυκίσι, ‘en las agallas’, como ‘en el Córico’) o en 14.101 y 106 (donde lee κένχρος ‘mijo’ en vez de κέστρον ‘betónica’, y βουνίας ‘nabo’ en vez de βούνιον ‘castaña de tierra’). En 15.47, ...τὰ σηρικὰ pronunciado con itacismo se convierte en *syrica*; y en 16.155 se confunden ‘tejo’ y ‘zarzaparrilla’ a partir de (σ)μίλαξ. La lista de ejemplos podría alargarse mucho.

Otras veces el problema está en el método (o en la falta de método) seguido por Plinio al refundir informaciones varias. Su prurito por apuntarlo todo no está acompañado por el afán de exactitud y claridad que desearíamos. Se trata de un defecto difícil de ponderar con justeza y que origina desacuerdos a la hora de establecer o explicar el texto. Así, en 15.77-78, Plinio menciona sucesivamente tres higueras: una, “en pleno Foro”; otra, “delante del templo de Saturno”, ya arrancada; y una más (§ 78), “en medio del Foro”. Sin embargo, uno tiene la impresión de que las dos higueras del Foro son una sola, y de que Plinio bebe de fuentes distintas que no refunde o distingue con claridad. También la frase siguiente (15.78) suena extraña: “Igualmente fortuitos en ese mismo lugar son una vid y un olivo, plantados por gusto de la plebe para dar sombra” (si han nacido por azar, no pueden haber sido plantados). Como anota Moure —309, n. 164—, el pasaje, interesante y difícil, “muestra una yuxtaposición de leyendas”. Añadamos que hay en él informaciones diversas, mal refundidas o ensambladas<sup>37</sup>.

La casuística de este uso poco cuidadoso de las fuentes es, en sí misma, variada. Puede dar lugar a flagrantes contradicciones, como al referirse nuestro autor al tiempo de florecer la vid y el olivo (16.104). La traducción de Gredos dice: “Tanto las vides como los olivos brotan cuando ya estas plantas florecen, y conciben a la salida de las Pléyades. Esta es su constelación. Ahora bien, la vid florece en el solsticio, y también el olivo, que comienza un poco más tarde...” La contradicción salta a la vista. ¿Florecen y brotan (‘conciben’) hacia el 10 de mayo (salida de las Pléyades) o en el solsticio de verano, mes y medio después? Todo el pasaje abunda en inconsecuencias y vaguedades, como advierte André *ad loc.*, también respecto a otras especies arbóreas, aunque el hecho es más grave si hablamos de cultivos tan conocidos como la vid y el olivo.

<sup>37</sup> Véanse los comentarios *ad loc.* de André, quien parte de un texto levemente modificado para evitar la contradicción que hemos señalado a propósito de la vid y el olivo.

Es probable, como Sancho Bermejo anota, que Plinio esté siguiendo distintas fuentes. Pero es que el simple hecho de que “siga fuentes” es, en sí, llamativo, tratándose de algo tan a la vista. ¿No nos ha dicho, en 15.78, que en el Foro había una parra y un olivo? Resulta difícil de aceptar este desentenderse de la realidad para atender a las fuentes escritas.

Un último ejemplo revelará otra de las caras de nuestro autor, la del Plinio guardián de las glorias romanas. Al final del libro XV, refiere distintas noticias sobre el laurel, incluidos algunos *prodigia* del pasado de Roma en los que intervenía ese árbol. Alude, en concreto, a las ramas de laurel señaladas por especiales circunstancias, como sucede en la anécdota de Livia, la esposa de Augusto (15.136). Tales ramas, una vez plantadas, habrían dado lugar a ciertos bosques que, según Plinio, subsisten todavía. Pues bien, la última frase de esa larga disertación sobre el laurel (§§ 127-138) dice así, en versión de Moure: “... quede claro, de paso, que se puede plantar [el laurel] también por estaca, ya que Demócrito y Teofrasto llegaron a dudarlo.” En la nota correspondiente, la traductora explica cómo Teofrasto (*hist.pl.* 2.1.3) señala, en efecto, que el plantón de laurel debe llevar consigo algo de la cepa, a ser posible con raíces, lo cual excluiría las ramas altas (las implicadas en las leyendas referidas por Plinio)<sup>38</sup>. La indicación de Teofrasto, hartamente razonable, es rechazada por Plinio sin argumentación alguna, seguramente porque, si se le diera crédito, echaría por tierra las historias que acaba de contar o, al menos, desmentiría que los bosques de laurel mencionados provengan de aquellas ramas tocadas por la divinidad y, por lo tanto, que merezcan veneración; es decir, se vería menoscabado su orgullo nacional.

## II PROBLEMAS DE LA TRADUCCIÓN

En cualquier obra, y desde luego también en la de Plinio, existe cierto margen a la hora de decidir cuál sea el verdadero significado de lo que traducimos y cómo conviene trasladarlo. Intervienen distintos factores: desde la opción textual, cuando se trata de un *locus criticus*, hasta la mayor o menor idoneidad –según lo perciba el traductor– de la fórmula de expresión elegida. Unas veces, la notable dificultad sintáctica o de vocabulario nos obliga a elegir sin demasiada convicción y, si así lo queremos, a expresar en nota nuestras dudas. Otras, no llegamos a expresar *todo* el contenido; traducimos por aproximación, con o sin verdadera conciencia de las posibilidades del texto.

En estos libros de la *NH*, los aspectos de la traducción más problemáticos tienen que ver, a menudo, con el vocabulario técnico; dentro del cual, el caso particular de la identificación precisa de los fitónimos presenta especial

<sup>38</sup> De las palabras de Plinio se deduce que “Demócrito” sostenía algo parecido. Plinio se refiere a los escritos que circulaban atribuidos a Demócrito, algunos compuestos por Bolo de Mendes. Cf. Col. 7.5.17: *Bolos Mendesiis, cuius commenta... sub nomine Democriti false produntur...*

relevancia y complejidad. Puede suceder que, incluso dándose (en nota) la identificación correcta, el nombre usado en la traducción resulte equívoco o francamente inadecuado. Sin embargo, incluso cuando no existe un término equivalente en nuestra lengua, el traductor debe procurar acercarse al original cuanto pueda, razonando su opción si es necesario. W. H. S. Jones se refería a tales inconvenientes con palabras que apelan al pragmatismo y asumen la imperfección de nuestra tarea:

“Typical difficulties are those facing the translator when he has to render into English *asparagus*, *hyacinthus* and *strychnos*. To keep the Latin name always would be consistent, but cumbersome and pedantic. It seems better to give the English name when the risk of error is slight, but to keep the Latin when the risk is great. An index of plants, with probable or possible identifications, should give most readers the information they require. But some inconsistencies and uncertainties are inevitable.”<sup>39</sup>

## II 1 La comprensión del texto

**14.12** ...*rumpotinus vocatur et alio nomine opulus arbor Italiae Padum transgressis, cuius tabulata in orbem patula replent* [sc. *uites*] **pu-roque perductae dracone in palmam eius inde sub rectos**<sup>40</sup> *ramorum digitos flagella dispergunt.*

En los parágrafos 10 a 14 del libro XIV, Plinio enumera distintos modos de disponer y podar las vides según el suelo y el clima. Entre ellas está el *rumpotinus*, método propio del norte de Italia descrito por Columela (5.6.11ss. y 5.7.1-2). Plinio menciona la característica disposición en círculo de los tablados o pisos que forman las ramas del árbol tutor, por donde discurren los sarmientos fértiles de la parra, sirviéndose en su descripción de una doble metáfora: el tronco de la cepa semeja la piel lisa de una gruesa culebra (*purus draco*) subiendo hacia la horcadura del árbol, que se muestra abierta como la palma de una mano; los sarmientos siguen luego los dedos de esa mano, es decir, las ramas del árbol según las ha dispuesto la cuidadosa poda. Arribas Hernáez traduce: “...y éstas [las vides] se estiran desde la vieja cepa pelada hasta la ‘palma’ del árbol, desparramando a partir de allí sus zarcillos bajo los tiesos ‘dedos’ de sus ramas”. En esta versión, igual que en la de André, se pierde la metáfora presente en el texto latino. Y es que, por más que *draco* se emplee aquí como tecnicismo vitícola referido a un sarmiento muy grueso<sup>41</sup>, la vi-

<sup>39</sup> Introducción al vol. VI (1969) de Plinio en la *Loeb Classical Library*, xviii.

<sup>40</sup> Mayhoff y André coinciden al leer *sub rectos* (los códices traen *subreptus*), si bien antes —al menos desde Caesarius (1524)— se había preferido *in subrectos*, lectura que vale la pena considerar. Un viticultor experto como Columela deja claro (cf. 4.26.3-4) que los sarmientos deben ir por encima del yugo o de las ramas del árbol tutor, no simplemente atados por debajo.

<sup>41</sup> Con esta acepción, en el *ThLL* (V 1, 2064, 46-49) sólo lo encuentro usado por el propio Plinio: 17.182, 206 y 211. La metáfora de la serpiente, de la fuerza de sus músculos, es patente en el tercero de esos lugares (17.211): ...*utile toros futuri draconis pasci*.

sión de la culebra no desaparece por ello. Creo que esa imagen debería haberse conservado, como mínimo en una anotación, por ser parte de la poderosa expresividad del pasaje (véase lo dicho en I 1 acerca de 14.13). Por otro lado, los *flagella* no son en puridad ‘zarcillos’, sino pámpanos o extremos tiernos de los sarmientos (el nombre alude al parecido con una verga o zurriago), aunque ellos mismos sí suelen tener zarcillos. Así pues, lo que se desparrama siguiendo las ramas del árbol serían los pimpollos de la parra, con sus zarcillos (éstos suelen llamarse *clauiculae* o *capreoli*: cf. Col. 4.6.2, 4.14.1, 4.24.17).

**14.59** Tratándose de la calidad del vino, dice Plinio (versión de Arribas Hernáez): “¿Quién podría dudar que unos tipos de vino son más agradables que otros o quién no sabe que, procediendo **del mismo depósito** [*ex eodem lacu*], uno resulta mejor que otro aun siendo hermanos, bien sea en razón de la *testa* [recipiente de barro] que los contiene, bien sea a causa de un suceso fortuito?” En nota, la traductora aclara: “Con el término ‘depósito’ traducimos el latino *lacus*, que designa los recipientes excavados a uno y otro lado del lagar, donde queda recogido el mosto resultante del prensado de la uva.”

Ciertamente, *lacus* tiene en latín esa acepción concreta, entre otras muchas<sup>42</sup>. Traducción y nota son bastante claras, y nos parece entender bien la idea expresada por Plinio. Sin embargo, creo que es posible precisar todavía el significado, aquí, de *lacus*. Si designara sin más el recipiente, es decir, la cavidad donde desagua el mosto, la pregunta de Plinio no tendría sentido, pues la diferente calidad de dos vinos bien podría atribuirse a la calidad distinta de dos remesas de uva prensadas en momentos distintos, aunque ambos vinos procedieran *del mismo depósito*. Lo que sucede es que Plinio emplea *lacus* en esta frase metonímicamente –y el lector lo entiende así, de alguna forma, incluso en la versión de Gredos–, refiriéndose no sólo al continente (*lacus* = prensa, pozo, cuba, lago o tina), sino sobre todo al contenido (la misma remesa de uva, y el mosto resultante)<sup>43</sup>; es decir, esos vinos proceden del mismo prensado o *pressura*. Son, como dice André, “deux vins frères de même cuvée”.

**15.84** Encontramos un ejemplo, entre muchos, de la problemática identificación (y traducción al español) de los fitónimos antiguos en *mespilus*, vertido por Moure como ‘espino blanco’. Luego nos referiremos al caso de *cytissus* y su traslado a las lenguas actuales, pero ahora vamos a centrar nuestro comentario, no tanto en la traducción de *mespilus*, ciertamente difícil, como en la identificación que subyace. Moure traduce así el fragmento:

“Los espinos blancos y las serbas han de incluirse por derecho propio en la clase de las manzanas y de las peras. Hay tres

<sup>42</sup> Véase DAGR, s.v. *lacus*; en particular 905 (t. 3, vol. 2). En España ese depósito suele llamarse, según los lugares, ‘pila’, ‘pilón’, ‘pozo’, ‘poza’, ‘pocillo’, ‘cuba’, ‘cuevo’, ‘tina’, ‘tina(n)co’ y, también, ‘lago’. Cf. A. Roldán, *La cultura de la viña en la región del Condado. Contribución léxica a la geografía dialectal*, Madrid 1966, 144; M.C. Conde Soldevilla, *Contribución al estudio del léxico agrícola riojano*, Logroño 1994, 151-153.

<sup>43</sup> Cf. 18.317.

clases de espinos blancos: el *antedón*, el *setania* y un tercero que denominan galo, de peor calidad, aunque más parecido al *antedón*. El *setania* da el fruto más grande y más blanco, con hueso de madera más blanda; los demás dan el fruto más pequeño, pero mejor por el aroma y porque se conserva más tiempo. Por lo que respecta al árbol, es de los más grandes; sus hojas enrojecen antes de caer, sus raíces son numerosas y profundas y, por eso, imposibles de extirpar. **No existía este árbol en Italia en época de Catón.**”

La clave para valorar este pasaje es la última frase. Lo anterior depende de Teofr. *hist.pl.* 3.12.5, donde el sabio griego sigue a su vez “la clasificación de las gentes del Ida” y habla de tres especies de μεσπιλή, a saber, ἀνθηδών, σητάνειος y una tercera, la llamada ἀνθηδονοειδής, que en Plinio es sustituida por un *genus* llamado *Gallicum*<sup>44</sup>. Las tres especies de Teofrasto serían respectivamente, según Amigues, un tipo de espino (actual género *Crataegus*), el níspero común (*Mespilus germanica* L.) y un ‘falso espino’ cuya distinción del primero se ha perdido en una laguna del texto. Mientras la descripción del níspero no ofrece dudas, la identidad de las otras dos no está clara (una opción sería identificarlas con dos variedades de acerolo: *Crataegus azarolus* L.)<sup>45</sup>. Todo esto cuadra con los datos aportados por Moure en la nota correspondiente a 15.84. El problema es la equivalencia, establecida en la versión (también en la de André), *mespila* (<μεσπιλή) = ‘espino blanco’ (‘épine blanche’)<sup>46</sup>. El equívoco viene de que Plinio, al copiar a Teofrasto, trata de especies ajenas a Italia, como muestra la frase final: “No existía este árbol en Italia en época de Catón”. Es decir, piensa en frutales aún no cultivados o importados, como el níspero o el acerolo en tiempo de Catón, pero en ningún caso en una especie tan común en Italia como el espino blanco o albar (*Crataegus oxyacantha* L.), en sus diferentes variedades<sup>47</sup>.

## II 2 La expresión en español

Si en los ejemplos anteriores la dificultad consistía sobre todo en comprender bien lo expresado por Plinio, los siguientes muestran que, incluso suponiendo que se haya entendido bien el original, la versión ofrecida puede resultar oscura. Esa oscuridad se da unas veces en la sintaxis y el sentido de la frase, otras en la significación precisa de una palabra.

**13.57** *caesa statim stagnis mergitur – hoc est eius siccari – et primo sedit, postea fluitare incipit, certoque eam sugit alienus umor, qui aliam omnem rigat. cum innatare coeperit, tempestivae habet signum.*

<sup>44</sup> En referencia a la Galatia de Asia Menor, según André, *ad loc.*

<sup>45</sup> Cf. Amigues, *Théophraste* (Budé) II, 36; Amigues, *Théophraste. Aux origines*, 97.

<sup>46</sup> Para André, *Les noms de plantes*, 160, *mespila* y *mespillum* designan en Plinio distintas especies de espino blanco (‘aubépine’), orientales o no, y el níspero sólo a partir de Paladio.

<sup>47</sup> Cf. Arcangeli, *Flora italiana*, 230-231.

Habla Plinio de la madera del sicómoro, de su peculiar ‘secado’<sup>48</sup>. Versión de García Arribas: “Nada más cortarla se la sumerge en estanques –es propio de esta madera secarse así– y primero toca fondo, después **comienza a flotar y, con seguridad, el líquido que no es el suyo, que empaparía a cualquier otra, a ésta se lo absorbe. Cuando comienza a flotar**, es señal de que está curada.” He señalado en negrita lo que, a mi juicio, resulta poco claro. Propongo mi propia traducción:

“Recién cortada, se la sumerge en un estanque –así es como se la seca– y primero se hunde hasta el fondo; después **empieza a flotar, indicio seguro de que el líquido exterior, capaz de empapar con su humedad a cualquier otra, a ella se la absorbe. Cuando ya flota del todo**, es señal de que está curada.”

**16.151-2** *et quamquam omnium hederarum generi radicata brachia, huic tamen maxime ramosa ac robusta, ab ea nigrae. [152] sed proprium albae, quod inter media folia emittit brachia utrimque semper amplectens, hoc et in muris, quamvis ambire non possit.*

Versión de Sancho Bermejo: “...Y aunque todas las variedades de hiedra tienen **brazos** a modo de raíces, es esta variedad [la ‘blanca’], sin embargo, la que tiene los brazos más ramificados y fuertes, y después la negra. 152 Pero lo característico de la hiedra blanca es echar **zarcillos en medio de sus hojas, abrazándolas** [¿los zarcillos a las hojas?] **siempre por ambos lados**; esto ocurre también en los muros, aunque no puede rodearlos.”

Plinio sigue a Teofr. *hist.pl.* 3.18.9-10, ya de por sí algo confuso en la determinación y descripción de las clases de hiedra por el color. Ahora bien, los caracteres morfológicos de la planta son los que son, y no cabe traducir *brachia* por ‘zarcillos’, aunque unos y otros sirvan para sujetarse. Plinio se refiere a las raíces adventicias típicas de la hiedra. El sentido es: “...lo propio de la hiedra blanca es que de entre las hojas salen unos ‘brazos’<sup>49</sup> [‘crampons’, en francés; más semejantes por su función a garfios que a tentáculos] y va dando toda ella la vuelta [al árbol] por uno y otro lado; y esto incluso en los muros [su hábitat normal son los troncos], a los cuales no puede rodear [a los árboles, sí]”. Compárese la descripción de la hiedra en, por ejemplo, Font Quer, *Plantas medicinales*, 472, con la de la vid por el mismo autor (462-463), o la de la zarzaparrilla (907). De ésta trata Plinio a continuación (16.153-155), y en su descripción sí aparecen los zarcillos (llamados *pampini* en ese lugar, por analogía con los brotes tiernos de vid, que suelen llevarlos).

Pasemos ahora a ilustrar, con un par de ejemplos, los problemas de traducción que a menudo plantean los llamados ‘tecnicismos’. El primero concierne

<sup>48</sup> La fuente es Teofr. *hist.pl.* 4.2.1-2. Sobre la explicación del fenómeno, cf. Amigues, *Théophraste. Aux origines*, 128.

<sup>49</sup> Teofr. (3.18.10) dice ῥίζας. Si, además de entender mal a Teofrasto, Plinio estuviera pasando por alto cómo es en realidad la hiedra (lo cual sería sorprendente, pero no imposible), el traductor debería advertirlo en nota.

a las labores agrícolas, entre las que figura lo que Manzanero Cano llama ‘ablaqueo’ en **12.67**. Al tratar de cierta variedad cultivada de mirra, dice Plinio: *Gaudet rastris atque **ablaqueationibus**, melior radice refrigerata* = “Prospera con el rastrillo y el ablaqueo, crece más pujante con la raíz aireada.” En nota, el traductor aclara: “El ablaqueo consiste en cortar las raíces inútiles, haciendo un alcorque en torno al pie de la planta, que a la vez sirve para retener el agua en su cavidad.” Y remite a Plin. 17.246 y a Col. 4.4.2<sup>50</sup>. No cabe duda de que el concepto se ha entendido perfectamente. La cuestión es saber si ‘ablaqueo’ es voz usual en español o cultismo de nuevo cuño. En el *DRAE* de 2001 no se encuentra, ni la recogen los estudios ya citados de Roldán, *La cultura de la viña...*, o Conde Soldevilla, *Contribución al léxico...* En aquél no se halla descrita esa labor de una forma inequívoca, aunque sí la cava alrededor del pie joven: “se excava...y se le cortan las raíces perjudiciales” (79). En el libro de Conde, en cambio, se dedica un apartado (136-137) a “cavar alrededor de las cepas haciendo un hoyo”, encontrándose como verbos específicos los de ‘alumbrar’ y ‘alegrar’, así como ‘descavar’. Como traductor de la viticultura de Columela, en su día tradujo *ablaqueatio* por ‘cava’ (en 4.4.2), ‘excava’ (4.8.2, 4.9.1, 4.14.2, 4.17.2) o ‘descalce’ (5.9.16, 5.10.17), variación que por sí sola indica la falta de un término preciso en el español estándar. Una búsqueda en el *Fichero General* de la R.A.E., accesible en línea<sup>51</sup>, descubre que tanto ‘ablaqueo’ como ‘ablaquear’ se documentan como tecnicismos (cultos) de la lengua agrícola. Probablemente por ello aparecen recogidos en el *DUE*. En conclusión, creo que puede justificarse su uso por parte del traductor.

Nuestro segundo ejemplo corresponde de nuevo a un fitónimo. Se trata de *cytusus*, que en **12.20** es traducido por ‘codeso’, en **13.130** por ‘mielga’ y, en **16.92**, **186** y **204**, de nuevo por ‘codeso’. Es decir, Manzanero Cano y Sancho Bermejo parecen optar por la equivalencia sugerida en *DRAE*, s.v. ‘cítiso’ / ‘codeso’: “Del griego κύττιος. Mata de la familia de las Papilionáceas, de uno a dos metros de altura, ramosa, con hojas compuestas de tres hojuelas, flores amarillas y en las vainas del fruto semillas arriñonadas”<sup>52</sup>. En nota, Manzanero dice que este *cytusus* (traducido ‘cytise’ por Ernout)

<sup>50</sup> Como señala S. Andrei, *Aspects du vocabulaire agricole latin*, Roma 1981, 137-138, *ablaqueatio* deriva de *ablaqueo*, verbo que expresa la acción de limpiar y cavar alrededor de un árbol o una cepa. Está ya en Catón.

<sup>51</sup> Consultado en agosto de 2012: <http://web.frl.es/fichero.html>.

<sup>52</sup> El *DUE* de M. Moliner trae también “cítiso” como sinónimo de “codeso”, y lo identifica con “*Adenocarpus hispanicus*”. Sin embargo, el nombre usual del *Adenocarpus hispanicus* (Lamk.) DC., un endemismo del centro de nuestra Península, es “cambroño”. Está claro que este arbusto no es el *cytusus* de los antiguos, de manera que sólo por una vaga semejanza cabría llamarlo “cítiso”. No obstante, una denominación botánica anterior del cambroño fue precisamente *Cytisus hispanicus*. La ambigüedad persiste en el *Diccionario del español actual*, de M. Seco, O. Andrés y G. Ramos, Madrid 1999, donde ‘cítiso’ y ‘codeso’ se dan también como sinónimos, aun identificándose, respectivamente, con la ‘lluvia de oro’ (*Cytisus laburnum* L.) y “varios arbustos del gén. *cytusus*”.

podría ser *Cytisus laburnum* L.<sup>53</sup> y remite a Plin. 16.186 y 204, y a Teofr. *hist.pl.* 1.6.1 y 4.4.6. En efecto, la comparación de κύτισος con el ébano en estos pasajes apunta al *laburnum* norteño, cuya madera (importada) podían conocer los griegos: véase Amigues, *Théophraste* (Budé) I, 83. En cambio, en 13.130 ya no se habla de madera, sino de forraje. La nota de García Arribas sigue de cerca la de Ernout, *ad loc.*, según la cual este κύτισος / *cytismus* no puede ser “notre Cytise commun...(Cytisus laburnum L.), qui...est fortement toxique”. Ernout lo identifica con “une grande luzerne nord-africaine”, la *Medicago arborea* L.<sup>54</sup>, introducida en Grecia en fecha temprana; en su traducción, conserva la forma en latín: *cytismus*. García Arribas lo traduce por “mielga”, voz que designa en español la especie herbácea *Medicago sativa* L., la alfalfa, sobre todo la silvestre<sup>55</sup>. Por último, en las referencias del libro XVI, el *cytismus* de 16.92 vuelve a ser —según André, *Pline, ad loc.*— *Cytisus laburnum* L., ahora traducido por ‘aubour’, igual que en 16.186 y 204.

En paralelo, pues, con la versión francesa, la española de Gredos distingue razonablemente la especie mencionada en los libros XII y XVI de la del libro XIII. El problema está en el nombre asignado a una y otra. Según el buscador de *Flora Iberica* del Real Jardín Botánico, la voz ‘codeso’, sin más, se aplica en España a varias especies del género *Adenocarpus* (distintas del llamado ‘codeso de los Alpes’, *Cytisus laburnum* L., naturalizado en nuestro país), mientras que para *Medicago arborea* L. únicamente da los nombres de ‘alfalfa arbórea’ y ‘mielga real’. En resumen: ‘codeso’ y ‘mielga’ pueden servir si les sumamos la aclaración correspondiente en nota, como es el caso; otra opción, seguramente preferible, habría sido usar la denominación más precisa (‘codeso de los Alpes’ / ‘alfalfa arbórea’ o ‘mielga real’). Cabía, incluso, haber mantenido el latinismo *cytismus* (o bien ‘cítiso’) en la traducción, explicando su significado en nota<sup>56</sup>.

<sup>53</sup> El *Cytisus laburnum* L. es más conocido hoy como *Laburnum anagyroides* Medik. Según el *DPN*, 432, recibe los nombres de “Laburnum” y “Golden Chain” en inglés, “aubour” y “cytise faux ébénier” en francés, “gewöhnlicher Goldregen” en alemán; crece en Francia continental, Península Italiana, Europa Central y Centro-Oriental, Balcanes y Europa Oriental; está naturalizado en las Islas Británicas. Cf. Plin. 16.76: ...*laburnum. Alpina et haec arbor...*

<sup>54</sup> Llamada en inglés “Moon Trefoil” y en alemán “Baum-Schneckenklee”; se da en la Península Ibérica y Baleares, en la Península Italiana, en los Balcanes (Grecia incluida) y en Turquía; naturalizada en Francia (*DPN*, 489). Añádanse los nombres de “luzerne en arbre” (francés), “alfalfa arbórea” (español) y “ginestrone” (italiano). Mientras los términos inglés y alemán citados primero aluden a la forma de las vainas, el francés y el español se asocian al valor forrajero de la planta, y el italiano a su aspecto, que supuestamente recordaría a una retama de olor (“ginestra” = *Spartium junceum* L.). Es probable que las poblaciones europeas (si no todas, muchas de ellas) provengan de antiguos cultivos.

<sup>55</sup> Cf. Font Quer, 367-368. J. Dantín Cereceda (*Catálogo metódico de las plantas cultivadas en España*, Madrid 1943<sup>2</sup>, 35) trae hasta 14 ‘alfalfas’, todas papilionáceas del género *Medicago*, la última de las cuales es el *cytismus* forrajero de los antiguos (*Medicago arborea* L.).

<sup>56</sup> La distinción entre las dos especies forrajeras (alfalfa y alfalfa arbórea) es neta en Teofrasto: la segunda es el arbusto llamado κύτισος de *hist. plant.* 4.16.5; la primera es la hierba

### III EL PAPEL DE LAS NOTAS

En una obra de este carácter, las notas resultan imprescindibles para entender el texto y seguirlo sin dificultad. Por lo demás, esa función básica puede ampliarse en determinados lugares donde es factible poner en evidencia la técnica y los criterios del escritor, ofreciendo así al lector elementos de juicio para valorarlo. En todo caso, en la importancia concedida a las notas cabe –y es deseable– cierto margen de libertad (restringido, en la práctica, por las normas editoriales). Sobre las de este volumen, hay que decir que en su inmensa mayoría son adecuadas, muchas veces generosas, casi nunca superfluas o mal resueltas<sup>57</sup>. Sólo de vez en cuando se echa de menos alguna precisión o algún análisis, en particular acerca del método de Plinio (del hábil ensamblaje a la torpe yuxtaposición de sus fuentes), lo cual nos ayudaría a leer y ponderar un texto que por momentos resulta inconexo o arbitrario. Sucede así, por ejemplo, en la larga secuencia de párrafos dedicados a las palmeras (13.26–50), donde se producen bruscas transiciones y se yuxtaponen o mezclan fuentes variadas: las notas podrían haber guiado al lector, desvelando el proceder de Plinio. Pero lo habitual es encontrarlas donde se necesitan, y redactadas con acierto<sup>58</sup>; algunas son insuperables por su ceñida exactitud, como ésta sobre el canelo (12.96):

“*Casia* (del gr. *kasía*). El nombre designa tanto el árbol, llamado en español canelo y canelero, como su corteza, la canela o casia. El canelo es, al igual que el cinamomo, un árbol de la familia de las Lauráceas, el *Cinnamomum casia* Blume, cuya corteza, una vez despojada de su epidermis, se presenta en trozos con forma de canuto, y de ahí su nombre, tomado del italiano *cannella* (diminutivo de *canna* ‘caña’). Sobre la canela y sus variedades, cf. DIOSC., I 13.”

Otras veces, sin embargo, la dificultad del texto trasciende a las notas. Hay un caso especialmente complicado, que afecta a cuatro de ellas —13.61 y 104; 16.121 y 123–124– e incluye un error botánico (algo rarísimo en el libro). Me

llamada *μηδίκη* (8.7.7). Amigues traduce, respectivamente, “luzerne en arbre” y “luzerne” (“alfalfa arbórea” y “alfalfa”, en español). En todo caso, la polisemia de *cytissus* en el latín de Plinio es innegable.

<sup>57</sup> Lo cual no impide que algunas puedan contener errores o imprecisiones. Véase la referida a 14.51: “En su *Carta a Lucilio* 41, 7, Séneca se gloria de haber conseguido un viñedo que producía 160 ánforas de vino por yugada, es decir, 170 litros por hectárea.” Según mis cálculos, los 170 litros serían por área. O las referidas a 12.29 y 52, en las que se habla de cierta región “al sur de Etiopía, en la orilla del mar Rojo”. Es de suponer que no se trata de la actual Etiopía, sino de los antiguos *Aethiopes*, o bien el mar Rojo se entiende en sentido muy lato, casi equivalente al Océano Índico. Cf. 12.87–88.

<sup>58</sup> Esto vale en especial para el libro XV, también magníficamente traducido. Sus notas incluyen citas pertinentes de autores clásicos españoles (G. A. de Herrera y Andrés Laguna, entre otros) así como abundantes referencias al método de Plinio y al vocabulario botánico antiguo y moderno.

refiero a la errada equivalencia (en nota a 13.61) ‘azufaifo’ = *Celtis australis* L. (este nombre designa al almez). El error habrá sido inducido por la equívoca identidad del antiguo *lotos* o *lotus*<sup>59</sup>: véase André, *Les noms de plantes*, 147, donde almez y azufaifo son las dos primeras posibilidades. Con todo, no cabe confundir en la realidad el almez, árbol de gran porte, con el azufaifo (género *Zizyphus*), una ramnácea más bien arbustiva. Más adelante, en nota a 13.104, se da la equivalencia correcta ‘azufaifo’ = *Zizyphus*, pero persiste la ambigüedad al añadir García Arribas que André identifica el *lotus* del pasaje con *Celtis australis* L.<sup>60</sup>, es decir... con el almez<sup>61</sup>. Cotejada la noticia paralela en Teofrasto (*hist.pl.* 4.3.1-4), queda claro que el sabio griego está hablando del azufaifo o de otra especie próxima. Ahora bien, en 13.104 Plinio no depende únicamente de Teofrasto, pues al principio del pasaje sigue otra fuente y menciona cierto nombre (*celthis*) que dan en África al ‘loto’<sup>62</sup>. Ciertamente, si analizamos sus palabras, en este punto parece referirse al almez: *Eadem Africa, qua uergit ad nos, insignem arborem loton gignit, quam uocant celthim, et ipsam Italiae familiarem, sed terra mutatam*<sup>63</sup>. En cuanto a 16.121-124, se produce de nuevo cierta confusión. Primero, el mismo André traduce *lotus transmarina* de 16.121 como ‘jujubier d’outre-mer’ (identificado en su comentario con un azufaifo norteafricano), mientras que, según hemos visto, el *lotus* de 13.104 sería el almez. Poco después (§§ 123-124), Plinio se refiere a la *faba Graeca*, y nos dice que, en Roma, el árbol se llama *lotos* “por el buen sabor del fruto”. De acuerdo con el comentario de André, Plinio hablaría aquí del mismo árbol que en 13.105, donde se decía que el fruto tiene el tamaño de un haba: se trataría del almez en ambos casos<sup>64</sup>. Para confirmarlo, André trae a colación, a propósito de 16.123, ciertos nombres del almez en Francia e Italia derivados de *faba Graeca*: de esta denominación (junto con la de *faba Syriaca*) se deduciría –siempre según André– que los romanos conocieron el fruto (del almez) a través de los griegos.

Existen, sin embargo, demasiados puntos oscuros en este asunto, empujando por el hecho de que el almez es árbol propio de buena parte de la cuenca

<sup>59</sup> El nombre de ‘loto’ aplicado al almez es visible en los romances peninsulares: ‘latón’ o ‘latonero’ (voces aragonesas registradas en el *DRAE*), catalán-valenciano ‘lledó’ (fruto) y ‘lledoner’ (árbol), gallego-portugués ‘lodoeiro’, etc. Cf. Font Quer, *Plantas medicinales*, 131.

<sup>60</sup> Véase André, *Les noms de plantes*, 55, s.v. *celt(h)is*.

<sup>61</sup> Curiosamente, en su volumen de Budé, *ad loc.*, André recoge el comentario de P. Fournier, donde no se habla en absoluto del almez.

<sup>62</sup> El término griego λωτός, de etimología incierta, es ya polisémico; cf. P. Chantraine, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Paris 2009, 628-629.

<sup>63</sup> El calificativo de *insignis* y que sea un árbol propio también de Italia (aunque algo cambiado) son rasgos que apuntan al almez, no al azufaifo. Seguramente Linneo pensaba así cuando eligió el hápax (*celthis* sólo aparece en este pasaje) para el taxón del almez, añadiéndole *australis* quizá en referencia a la situación de las costas africanas respecto de Italia.

<sup>64</sup> Sancho Bermejo, traductor del libro XVI en Gredos, coincide con André.

mediterránea, incluida Italia, por lo que no habría tenido que importarse<sup>65</sup>; y la semejanza del fruto con un haba conviene más a las azufaifas que a las almezas<sup>66</sup>. Sospecho que se ha producido una contaminación de fuentes mal ensambladas<sup>67</sup> que ha propiciado la confusión —a través de un nombre compartido— entre dos especies de árboles en principio perfectamente diferenciables.

#### IV LAS REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Buena parte del texto de Plinio que nos ocupa tiene a Teofrasto (su *Historia plantarum*) como fuente principal. Para esta obra, los traductores han utilizado la versión española realizada por Díaz-Regañón para la Biblioteca Clásica Gredos (1988). Sin prescindir de ella, habría sido muy provechoso manejar la bilingüe preparada por Suzanne Amigues para la colección Budé —son varios volúmenes, aparecidos entre 1988 y 2006—, utilísima a la hora de afrontar los abundantes y a menudo enrevesados problemas botánicos que se plantean en tantos pasajes de Plinio dependientes de Teofrasto. El profundo conocimiento de la botánica antigua y moderna de S. Amigues se evidencia asimismo en otros trabajos dispersos, en parte reunidos en sus *Études de botanique antique* (Paris 2002)<sup>68</sup>.

El libro XIV de la *NH*, dedicado por entero a la vid y al vino, tiene entidad propia. La obra de agronomía más competente en la materia que Plinio pudo consultar —al menos, entre las que han llegado hasta nosotros— era la de Columela, por lo cual habría sido aconsejable tener a mano la *Res rustica* en la mejor versión disponible<sup>69</sup>. Por lo demás, la bibliografía manejada me

<sup>65</sup> Arcangeli (601) da el almez como árbol silvestre en toda la península y en las islas, y añade: “Talora si coltiva”. La situación es la inversa para el azufaifo: su variedad *sativa* habría sido importada antiguamente, y los ejemplares que crecen sin cultivo serían cimarrones; sólo en Sicilia se da una variedad autóctona de azufaifo, *Zizyphus lotus* (L.) Lam., el famoso loto de Homero, el mismo de las costas africanas. Cf. Arcangeli, 143 y Amigues, *Théophraste. Aux origines*, 135.

<sup>66</sup> André, *Les noms de plantes*, 101, aduce el testimonio de Teofr. *hist.pl.* 4,3,1 (ὁ δὲ καρπὸς ἡλικὸς κύαμος) en favor de *faba Graeca* = almez, pero el texto griego se refiere a las azufaifas. Cf. Amigues, *Théophraste* (Budé) II, 67-68 y 213-214; Amigues, *Théophraste, Aux origines*, 134-135. La comparación hay que entenderla referida al haba caballar o porcuna, *Vicia faba*, var. *minor*, hoy cultivada sólo para el ganado, que era la única conocida en la Antigüedad (cf. Amigues, *Théophraste. Aux origines*, 296). Téngase presente que tanto las habas como las azufaifas solían consumirse secas; la semejanza entre ambas es mayor, sin duda, que con las almezas.

<sup>67</sup> En 13.104, Plinio cita expresamente a Cornelio Nepote, aunque siga sobre todo a Teofrasto. También puede haber utilizado la obra de Juba, que escribió sobre Asia y el norte de África.

<sup>68</sup> Recientemente, Amigues ha publicado su versión de la *HP* en un solo volumen enriquecido con gran número de fotografías (muchas, tomadas por ella): *Théophraste. Recherches sur les plantes. Aux origines de la botanique*, Paris 2010. Se trata de una espléndida muestra de la mejor filología real.

<sup>69</sup> La utilizada por Arribas Hernández es la coordinada por don Antonio Holgado: *Columela. De los trabajos del campo*, Madrid 1988. No he visto citados los volúmenes de Dumont (*livre III*, 1993) y André (*livre XII*, 1988) en la colección Budé, ni la versión de los libros I-V en la

parece, en conjunto, oportuna y suficiente. Apenas se echan en falta, aquí y allá, unos pocos títulos que seguramente habrían sido útiles en ciertos lugares. Así, si bien se usa con regularidad el imprescindible libro de J. André, *Les noms de plantes dans la Rome Antique*, de 1985, no se recurre a su anterior *Lexique des termes de botanique en latin* (Paris 1956), que lo complementa para las partes de los vegetales y las variedades de frutos<sup>70</sup>, ni a otros léxicos agrícolas, aunque imperfectos: los de M. G. Bruno, *Il lessico agricolo latino* (Amsterdam 1969<sup>2</sup>) y S. Andrei, *Aspects du vocabulaire agricole latin* (Roma 1981). En lo que respecta a temas o aspectos concretos, veo citados en las notas libros ya clásicos, como el de Ch. Joret (*Les plantes dans l'antiquité et au moyen âge. Première partie. Les plantes dans l'Orient classique*, 2 t., Paris 1897 y 1904), así como estudios particularizados mucho más recientes, pero no el importante libro de J. I. Miller, *The Spice Trade of the Roman Empire* (Oxford 1969).

Por último, si consideramos la calidad de la expresión, hay que decir que, a pesar de ciertas diferencias motivadas por la distinta autoría de los libros, el estilo es en general fluido, incluso elegante, y casi siempre acertado en lo que respecta a la exacta propiedad de las palabras. En punto a precisión de ciertos vocablos técnicos, quizá hubiera convenido utilizar, en alguna ocasión, estudios y repertorios del estilo de los citados de Roldán (Madrid 1966) y Conde Soldevilla (Logroño 1994), respectivamente sobre vocabulario vitícola y de agricultura en general, o el *Catálogo metódico de las plantas cultivadas en España* (Madrid 1943<sup>2</sup>) de Dantín Cereceda. En este tipo de obras no importa que la fecha sea antigua; al contrario, pues conviene situarse en una agricultura menos mecanizada y uniforme que la actual.

Llego al final con la esperanza de que el lector haya formado una idea, siquiera aproximada, de los problemas afrontados por los traductores de Plinio en esta parte de la *NH*. Desde la complicidad de quien se ocupa de tareas parecidas, felicito a los traductores y los animo a perseverar en las cualidades, bien visibles, de su trabajo<sup>71</sup>. Hago votos por los nuevos logros de esta *cohors Pliniana*, con Ana María Moure a la cabeza.

JOSÉ-IGNACIO GARCÍA ARMENDÁRIZ  
 Universidad de Barcelona  
 garciarm@ub.edu

---

Biblioteca Clásica Gredos, nº 329, Madrid 2004. Otro libro que no se menciona es el de J.-P. Brun, *Le vin et l'huile dans la Méditerranée antique*, Paris 2003. Ofrezco mis disculpas si he pasado por alto alguna referencia a las obras que doy como no citadas.

<sup>70</sup> Nótese que el propio André advierte (*Les noms de plantes*, VII): «(le *Lexique*) m'avait été suggéré à l'époque comme devant servir de guide préliminaire... aux futurs éditeurs de Pline l'Ancien dans la collection Budé...»

<sup>71</sup> He omitido adrede cualquier referencia a erratas o defectos de forma, relativamente escasos y de poca monta.

REVIEWS  
RESEÑAS

